EN ESTE NUMERO:

- LOS RELIGIOSOS HOY: UNA OPCION CRITICA, por Manuel Castellar, Ofmcap. (pp. 5-7).
- EL SACERDOTE, RESPONSABLE DE LA ORACION ECLESIAL, por Fr. Pedro Fernández, O. P. (pp. 9-15).
- BODAS DE PLATA EN LA «OIKOUMENE», por Antonio M.ª Javierre (pp. 17-23).

editorial

NO NOS ALEGRAMOS

El mes ha transcurrido ciertamente, en los ambientes eclesiásticos, dominado por un doloroso problema: el que planteaba la gran reunión, concebida a escala internacional, de Zaragoza. Las noticias que iban llegando sobre el carácter que iba a tener su celebración, la nota de la Comisión Permanente del Episcopado, la consiguiente ausencia de obispos, un telegrama que llegó (el de monseñor Guerra) y otro que faltó aunque se pidiera (el del Papa), la celebración misma y la publicación de las conclusiones, fueron los jalones de un largo camino, sobre el que conviene reflexionar.

No faltan sectores que se han alegrado. Era natural: entusiastas de la renovación, no podían menos de ver con alegría una toma de posición a su favor que nunca habrían podido sospechar hace bien pocos años. Podían ver al fin que si las posiciones sustentadas por las Hermandades gozaban de apoyos estatales, bien visibles en los medios de comunicación social sometidos a su decisiva influencia, no lograban en cambio el respaldo jerárquico que tanto habrían deseado. La humillación que ellos habían padecido tantas veces cambiaba ahora de campo y les era forzoso aceptarla a algunos que antaño la inflingieron.

Otros, en cambio, han visto las cosas con cierta, y aún con mucha, alarma. Para ellos las Hermandades agrupan a los «buenos» sacerdotes, y lo que ha ocurrido viene a ser como una parte, una manifestación más, del «desarme» que se está operando y que deja inermes y amenazados al Dogma y la Moral. Optaban, deseaban y esperaban un respaldo por parte de un buen grupo de obispos, de la Curia Romana y aun del Papa (aunque este último hubiera sido algo equívoco) que, convenientemente orquestado, habría dejado en el hombre de la calle la impresión de que las Hermandades representaban la genuina postura de la Iglesia jerárquica.

Justamente, para evitar esto, y aun a trueque de alegrar a quienes han ido ya demasiado lejos, teniendo sin duda a la vista los excesos de algunas publicaciones bien conocidas, las exageraciones de ciertos escritos difundidos por determinadas Hermandades, y la necesidad de evitar toda ambigüedad, se aplicó la cirugía. El tono de la nota de la Permanente excluía en absoluto todo equívoco: lo que las Hermandades iban a hacer en Zaragoza era algo que a ellas atañía, pero que en manera alguna podía implicar a nadie más. Los organizadores se vieron obligados a rehacer su programa a marchas forzadas, y

las Jornadas se desarrollaron sin asistencias episcopales y mucho menos cardenalias.

Parece justo fijar nuestra posición. Lo diremos con verdad: no nos alegramos. Podemos decirlo con la fuerza que nos da haber sido objeto de ataques manifiestos en las publicaciones que las Hermandades respaldan y difunden; haber recibido escritos en nuestra redacción que, por lo menos, podían calificarse de agrios; haber sido objeto de denuncias; haber visto cómo se nos cerraban sus páginas cuando tratábamos de defendernos... Ciertos, como estamos, de que si el palmetazo nos hubiera alcanzado a nosotros no se escribirían allí unas líneas como éstas. Así, con plena conciencia, repetimos que no nos alegramos.

Habríamos preferido una propaganda discreta y veraz, que no diese lugar a equívocos, y que en cambio abriera el camino para una celebración normal de una reunión de sacerdotes que, dentro del pluralismo legítimo que debe existir, manifiestan su honrado modo de pensar que, lo reconocemos, no deja de tener aspectos que compartimos, aunque en otras muchas cosas, y sobre todo en el tono general, disintamos en absoluto. Nos apena ver que se aleja cada vez más la ansiada meta de una España en que se pueda discutir normalmente, sin crispaciones, aceptando cada uno su propia responsabilidad sin mezclar para nada, ni con propagandas ni con equívocos, a la Jerarquía. Vemos en el episodio una manifestación más de nuestro congénito extremismo.

Sufrimos con el que sufre, y mucho más cuando el dolor que él pasa es algo de lo que ya tuvimos experiencia. Nos hacemos cargo de lo que habrá sido para los organizadores la prueba a que se han visto sometidos. Y a ellos, y a todos, les decimos, ¿no va a ser posible un pluralismo en que no ocurran estas cosas, en que se hable y se discuta noblemente, sin intervenciones de autoridad ni utilización de ventajas de dudosa índole?

Confesamos que los contactos con cualquiera de los sectores que hoy viven en la Iglesia, nos ha hecho pensar, corregir ideas, rectificar juicios. Tenemos el pluralismo por enriquecedor, siempre que se sitúe en el interior de la Iglesia y la sirva con lealtad. Por eso cuando una medida, aun tan justificada como la de la Permanente, disminuye las posibilidades del pluralismo, nos entristecemos.